





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2008, Mario Conde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-938-6

Derechos de autor: 053345

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2018

Tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Diseño de portada: Ramiro Jiménez

Actividades: Gabriela Moncayo

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación del libro: Ramiro Jiménez

Diagramación del cuaderno de análisis: Kaloyan Amores

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# El amor es un no sé qué



## Mario Conde

loqueleto



*A mis dos «A»: Amparo y Amelí*

## Índice



El sueño de Pablo .....	11
El arquitecto y la escultora .....	21
La fiesta de cumpleaños .....	31
El padre fantasma .....	41
El beso masculino y el beso femenino .....	51
El hombre niño .....	63
La tía Julia .....	77
Letargia histórica .....	89
El arquitecto en el sillón de pensar .....	103
Pareja de otro .....	113
El amorómetro .....	125
Repartición de amigos .....	137
Manual del donjuán .....	151
El cómplice y el testigo .....	167
La leche y el ají .....	185
La ternura estorba la pasión .....	201
La mujer que preguntaba .....	217
El hijo del fantasma .....	233
Entre viudas y calzones amarillos .....	247

Glosario .....	265
Cuaderno de análisis .....	271

## El sueño de Pablo



En la madrugada, Pablo tuvo uno de aquellos sueños en los que una persona sabe perfectamente que está soñando. **11**

Se hallaba en las canchas de básquet de su colegio, en medio de una fiesta. Había un disco móvil, altoparlantes en las esquinas, juegos de luces y un sinnúmero de chicas vestidas de gala. Él buscaba a una para sacarla a bailar, pero ellas no hacían más que reírse.

Consciente de que se encontraba en un sueño, procuraba volver las imágenes a su favor. Iba de un lado a otro del patio, se exhibía, trataba de atraer la atención de alguna chica. Ningún resultado.

De pronto, apareció una muchacha con un suéter azul, de espaldas a él. Intuyó que ella aceptaría bailar y se acercó. Pero entonces ocurrió uno de esos desplazamientos que solo se dan en los sueños: repentinamente, como si se tratase de un salto en la escena de una película, se vio caminando fuera del colegio, junto a ella, tomado de su mano.

La situación era extraña. Ella mantenía el rostro a un lado, de modo que él no alcanzaba a verle las facciones, que debían de ser hermosas si guardaban armonía con su cabello: largo, suelto, brillante. Una muchacha con el pelo así seguro era bonita.

Se hizo de noche. Ambos avanzaban por una callecita donde unos postes de madera, pintados de verde, los alumbraban con una luz amarilla. En un momento, ella se desprendió de su mano y se apoyó contra un poste, manteniéndose siempre de espaldas: el suéter azul le ceñía el cuerpo; el cabello suelto invitaba a acercársele.

Pablo fue hacia ella y le rozó la cintura, suavemente; le tomó las manos por detrás y sus dedos se entrelazaron; apoyó su frente en la nuca de la muchacha. El cabello suelto ahora la acariciaba.

12

El sueño parecía perfecto, aunque él deseaba mirar el rostro de la muchacha. La abrazó y supo que se besarían. Se preparó. ¡Hasta que te acordaste, Flaco! Iba a besar a una muchacha bonita, tan bonita que ni en sueños se atrevía a verle las facciones.

El momento había llegado. Ella empezó a darse la vuelta, lentamente. Un viento soplabla con suavidad. La luz amarilla del poste se tornó blanca. ¡Buenazo! Él estaba emocionado y sintió la irrupción de un repentino frío en el cuerpo, el que en la realidad, fuera del sueño, se hallaba calentito entre las mantas de la cama. La muchacha terminó de darse la vuelta y le ofreció los labios. Sin embargo, en ese mismo instante, antes de que Pablo pudiera conservar aquel rostro en su memoria, escuchó una voz a lo lejos y la muchacha se desvaneció. La voz volvió a escucharse, esta vez más cerca, del otro lado del sueño, desde la realidad:

—¡Levántate, hijo! Vas a atrasarte al colegio.

La voz provenía de su madre; la luz blanca y el frío, de las mantas retiradas de la cama.

—¡Levántate, Pablo Augusto! —insistió la madre.

Las clases fueron despiadadamente aburridas. O al menos así le parecieron a Pablo, que se pasó las horas con la mente en blanco, perturbado por el sueño de la muchacha. ¿Y si su madre no lo hubiera despertado justo cuando iba a besarla? ¿Por qué solo podía recordar el cabello y el suéter azul? ¿El sueño guardaba alguna relación con su vida?

Las preguntas se repetían una y otra vez, y él mismo las respondía. Por supuesto que guardaba relación, ‘túpido, porque hace fu que no salía con nadie. La ansiedad le hacía imaginarse a una muchacha a quien ni en sueños llegaba a besar.

Al concluir las clases, se retiró del curso con el Manzanilla, uno de sus dos mejores amigos. Luego, ambos se dirigieron a las canchas de básquet, precisamente el lugar del sueño, y se reunieron con el Byron, el tercero de la pata.

—Te ves medio volado —comentó el Byron mientras guardaba su equipo deportivo en una mochila.

—Más que volado, **embarullado**<sup>1</sup> —confesó Pablo.

—¿Y eso? —el Manzanilla se declaró loco, como lo hacía siempre que Pablo utilizaba sus «palabras del diccionario».

—Tuve un sueño raro. Cachén esto. Encontraba a una chica en una fiesta, pero no le podía mirar el rostro. Nos poníamos a caminar bajo unos postes de luz y ella continuaba de espaldas. Luego se daba la vuelta y, justo cuando iba a besarla, mi progenitora me despertó.

---

<sup>1</sup> Amigo/a lector/a: Dada la costumbre de este personaje de hablar con palabras rebuscadas del diccionario, las he resaltado en negrita e incluido un glosario al final. (Nota del autor)

13

—Sal con una nena... Sal con una nena... —el Manzanilla improvisó una bocina con las manos y se puso a perifonearle a las orejas de su amigo—. Escúúúchame, Paaablo, soy tu conciencia y te ordeno salir con una neeena...

Ambos muchachos se quedaron mirándolo, con reproche.

—¿Y qué si uno sueña con una chica? —preguntó el Byron.

—Sal con una nena... Sal con una neeena...

—Nada, que esta vez el Manzanilla le atinó. No he salido con una chica hace rato.

Tras esta breve confesión a sus compañeros, Pablo optó por cambiar de tema.

Los tres abandonaron el colegio y se echaron a caminar hacia sus casas, haciendo planes para esa noche de viernes. Cuando se despidieron, en la cancha de básquet del barrio, frente a la estación de bomberos, quedaron en encontrarse a las seis.

Al entrar en su casa, Pablo tuvo la sensación de que ocurría algo extraño, aunque todo se veía igual que otros días. Su madre picaba unas verduras en la cocina. Su padre no se hallaba en casa, pues en el Ministerio solo le daban media hora de almuerzo y comía afuera. Consuelo, su hermana mayor, seguramente acababa de regresar del trabajo y permanecía en su habitación, con la puerta abierta, sentada ante la compu. Y el Cesarín, el menor de la familia, jugaba en la sala junto a la mesita del teléfono, en compañía de la abuela Vita, su compinche de fechorías.

No había duda. Todo parecía igual que otros días; sin embargo, él seguía con la sensación de que ocurría algo extraño.

—Buenas, mama Vita —besó a su abuela y se fijó en que la anciana ponía cara de «yo no fui».

Se quedó mirándola con sospechas.

—Me late que anda tramando alguna **marrullería**.

—Ay, hijo, vos y tus adefesios de palabras —doña Vitalia intentó cambiar de tema.

—Somos inocentes —protestó el Cesarín, y se marchó a la cocina.

En la mesa, el almuerzo se inició sin novedad, excepto por una llamada telefónica de una lavandería, cuyo chofer se quejaba al no dar con la dirección donde debía recoger el vestido de novia para lavar. ¿Un vestido de novia...? En ese momento se hallaban cinco personas en la casa; tres de ellas dirigieron la vista hacia los dos responsables de la broma: la abuela y el Cesarín. La madre se puso a reprender a la anciana, mientras ella, como siempre que la pillaban en una de las suyas, se hizo la loca y siguió sorbiendo la sopa.

La madre no había acabado de regañar a la abuela cuando el teléfono volvió a sonar.

—Otro **incauto** —comentó Pablo.

La abuela y el Cesarín se miraron.

—¡A cuántos más habrán telefoneado estos dos!

Consuelo se levantó a contestar por segunda vez. Tomó el teléfono y enseguida llamó a Pablo. Era ese amigo suyo con el apodo chistoso.

—¡Aló!

—Estamos hechos —la voz del Manzanilla se escuchaba con ansiedad—. Iremos a un *happy birthday* donde habrá un montón de nenas.



—«Iremos» me suena a multitud, **cotarro, gavilla**. Que yo sepa, nadie me ha invitado.

—Es una party de una diecisieteañera *high* que se lleva con un pana. La pelada ha invitado a todas las compañeras del curso, pero no hay hombres para el *dancing*. Ahí entramos nosotros.

—¿De colados?

—No. El pana quiere que lleve a todos los manes posibles para hacer bulto. Solo hay que ir con una ropa medio caché. Nos topamos en la cancha de básquet a las seis.

—¿Y el regalo para la cumpleañera?

—Hacemos vaca y le compramos *something*. Ya le llamo al Byron. Cambio y fuera.

Después del almuerzo, Pablo subió a su habitación, descorrió las cortinas, agarró un libro y se recostó en la cama.

La habitación daba la apariencia de una biblioteca modesta, de escuelita de barrio. Contra las paredes había dos grandes libreros que guardaban un buen número de carpetas, cuadernos de todo tamaño con forros plásticos, fotocopias anilladas con pastas de un mismo color, revistas ordenadas por fechas y una gran cantidad de libros. Aunque el volumen contenido allí era considerable, en especial el de libros y revistas, resultaba escaso para llenar el espacio de los dos muebles.

Pablo se fijó en los vacíos de los libreros y se puso a soñar que se acercaba el día, en tres meses al concluir el colegio, en que se buscaría un trabajo para las mañanas y asistiría a la universidad por las tardes, igual que lo hacía su hermana. Entonces ganaría dinero y se compraría libros y revistas hasta atiborrar esos espacios. Y como iba a seguir

Comunicación Social, a lo mejor conseguía un puesto en algún periódico de la ciudad. Ante aquella idea, aferró con fuerzas el libro entre las manos. ¡Buenazo! Se convertiría en un articulista, un editorialista reconocido por sus conocimientos y por el dominio de las palabras, las que a diario extraía de un diccionario enciclopédico y memorizaba.

Esos eran sus objetivos para el futuro; en tanto, había que dedicarse a estudiar. Abrió el libro donde indicaba el separador e intentó concentrarse en la lectura, pero le resultó imposible. ¿Qué le sucedía? ¿Acaso el sueño de la mañana le seguía dando vueltas en la cabeza? ¿Por qué andaba con esa sensación de que ocurría algo extraño?

Dejó el libro a un lado y se puso a meditar en estas preguntas. Al final llegó a dos conclusiones:

Primera. Evidentemente el sueño le daba vueltas en la cabeza porque hacía tiempo que no salía con una chica. Y no le fue necesario reflexionar mucho para hallar la causa del problema: su ineptitud con el sexo femenino. Incluso entre su pata, de escasos tres miembros, él resultaba el más incompetente para el flirteo. El Byron, el típico deportista alto y con músculos, atraía a las muchachas con su físico. Por su parte, el Manzanilla, bajito, blanco, los pelos parados con gel y rubios, como la flor a la que debía su apodo, conquistaba a las chicas con graciosas ocurrencias, mientras ellas se reían. No obstante, cuando le fallaban las risas, recurría a una segunda arma infalible: el dinero de su padre, un oficial de la Marina. Él, en cambio, no era ni deportista ni gracioso ni musculoso ni adinerado; era solo alguien normal a quien le fascinaba la lectura, incluso la del diccionario. Y allí radicaba el problema. A las chicas les gustaban los tipos ricos, altos, deportistas,

graciosos; no los bichos raros que leían libros. En otras palabras, mejor se acostumbraba a seguir viendo muchachas en sueños. En la vida real era difícil que se consiguiera una.

La segunda conclusión resultó más compleja. ¿Por qué andaba con esa sensación de que ocurría algo extraño? En un primer momento pensó que se debía a la fecha, 23 de abril. Aunque para la mayoría de sus profes y compañeros la ocasión había pasado inadvertida, para él era importante pues se celebraba el Día del Libro, al que consideraba su

18

18 Tras analizar detenidamente esta idea, la descartó. Se trataba de algo más que la celebración del Día del Libro; tenía un presentimiento que parecía moverse en su interior y anunciarle que un suceso iba a ocurrir en su vida. Pero ignoraba cuál.

A las seis en punto, Pablo pasó por la estación de bomberos y llegó a la cancha de básquet. Se encontró con el Byron y, como siempre, ambos debieron esperar al Manzanilla unos minutos. Cuando por fin vino, los tres se miraron las ropas y se pusieron a reír. El Byron llevaba unos zapatos de charol, pantalón de terno, una camisa de botones y una corbata foca. Pablo se veía igual de raro, con la diferencia de que no tenía pantalón de terno, sino *jeans*. Por su parte, el Manzanilla, a tono con su personalidad, lucía unas ropas que la abuela Vitalia no habría dudado en calificar de adefesios: zapatos deportivos, *jeans* agujereados, una camiseta blanca en la que había escrito *manzanilla* con un marcador negro y, como toque de caché, una chaqueta azul con bordes y botones dorados. Nada menos que la chaqueta de oficial de Marina de su padre, con todo y sello de la Fuerza Naval del Ecuador.

Luego de comprar un regalo, un ramo de rosas blancas por insistencia de Pablo, los tres se dirigieron a la dirección de la fiesta.

La casa de la diecisieteñera los impresionó. Se veía grande, lujosa y, a esa hora, cerca de las siete de la noche, completamente iluminada por unas luces violetas, verdes y anaranjadas que resaltaban los colores de las paredes, como las iglesias del centro histórico de la ciudad. Sin embargo, lo que más les llamó la atención fue el jardín, donde había dos decoraciones bastante extrañas. A un lado, una estatua de una señora medio desnuda y sin brazos. Al otro, una gran roca esculpida que se asemejaba a una muela.

—*Maybe* estas estatuas sin brazos están de moda —comentó el Manzanilla, dirigiéndose a Pablo.

—Desde hace más de dos mil años. La Venus de Milo viene de los griegos.

—Mejor entremos —terció el Byron, antes de que Pablo empezara con una de sus lecciones de Historia Universal.

Ingresaron.

El salón era enorme y estaba decorado con globos, serpentinas y guirnaldas de colores. Pero aun así, el ambiente se veía apagado. Al fondo, frente a un elegante bar con barra y taburetes altos, charlaban unos cuantos adultos. En el centro, acomodados en unos lujosos sofás de cuero de color *beige*, se encontraban muchas chicas y apenas cinco muchachos, que con el refuerzo de los tres no llegaron ni a la mitad de ellas.

El pana de la diecisieteñera que los había invitado, Tego, los saludó y les presentó a algunas chicas. Al rato, los tres ocuparon también un sofá y empezaron a hacer preguntas sueltas, tratando de encontrar algún tema de

19

conversación. Los demás, a su vez, se fijaban constantemente en unas amplias escaleras, con barandilla de madera y todo, que terminaban en un pequeño *hall* del segundo piso. Según costumbre de la gente *high*, por allí aparecería la cumpleañera en compañía de sus padres. Mientras tanto, la fiesta era un velorio.

20 Precisamente por eso, Tego había invitado al Manzanilla, para que trajera unos panas y, de paso, animara la fiesta con sus ocurrencias. Y no estaba errado: el Manzanilla vio la *chance* de levantarse a alguien, insertó un CD en el estéreo, lanzó su chaqueta marinera y se puso a bailar con tres nenas.

Pero ni bien había comenzado a mostrar sus dotes de bailarín, una pareja de veteranos, que debían de ser los dueños de la casa, apareció en el *hall* del segundo piso. El hombre, corpulento y de unos cuarenta años, lucía un elegante traje gris, una barba candado y el pelo alisado con gel: un señor al que se le notaba la seriedad hasta en la parada. La mujer, en cambio, delgada y más alta que él, llevaba un vestido de colores tropicales, una nariz salpicada con unas pecas graciosas y el pelo corto. Una señora realmente guapa.

Tego se apresuró a apagar el estéreo. Ambos personajes se distanciaron un poco y en medio de los dos se paró una muchacha parecida a la señora, con la diferencia de que tenía el cabello largo y suelto.

En el salón estallaron los aplausos. Pablo experimentó un temblor en las manos y sintió que algo se movía en su interior, una especie de frío en el estómago. Retrocedió dos pasos. Como decía el Manzanilla, ¡qué nena! Alta, delgada, con una nariz salpicada de hermosas pecas. Su cabello le recordó a la muchacha del sueño.

## El arquitecto y la escultora



21 Édgar Trávez y Luz Alba Martínez se conocieron en una clase de escultura, en el primer año de universidad.

Édgar iniciaba la carrera de Arquitectura y debía tomar una clase de arte, obligatoria en el p<sup>é</sup>nsu<sup>m</sup> del primer año. De personalidad práctica, el joven Trávez analizó algunas posibilidades y decidió seguir Escultura, porque le pareció la más sencilla de aprobar.

Luz Alba, por su parte, era una muchacha de espíritu artístico, como la luminosa combinación de su nombre. Provenía de una familia con vocación por el arte, y se inscribió en aquella clase porque deseaba llegar a ser escultora.

Por casualidad, ocuparon espacios contiguos, se enamoraron y el amor terminó por unirlos, aunque antes debieron superar tres duras pruebas que habrían bastado para separar a cualquier pareja.

La primera prueba a la que se vieron sometidos fueron ellos mismos. Sus personalidades eran tan opuestas que, pese a hallarse al lado, no cruzaron palabra sino hasta después del primer mes de asistencia.

Ocurrió así.

La clase estaba compuesta por una quincena de estudiantes y tenía lugar en un patio cubierto de la Facultad de

Artes de la Universidad Central. Allí, bajo la mirada ocasional de un profesor con faldas de loco, los estudiantes se dedicaban a golpear un bloque de alabastro en dos sesiones semanales. Tras nueve meses de trabajo, la nota final dependía de la forma en que mutaba la piedra.

El curso era de modalidad abierta, tanto que el profesor solo asistía en ocasiones. La mayoría de estudiantes, en cambio, se la pasaba cortando, tallando y cincelandando el alabastro horas de horas, más allá del horario fijado. Artistas aprendices, en definitiva; primera vez que experimentaban la embriaguez de la creación.

No obstante, no todos manifestaban una vocación artística. Algunos de ellos, Édgar Trávez, por ejemplo, se encontraban allí porque les parecía sencillo pasarse golpeando una piedra dos veces a la semana. Desde luego, estos estudiantes no gozaban de popularidad entre los artistas aprendices, como Luz Alba, quienes no les cruzaban palabra y se alegraban cuando no venían, lo que ocurría con frecuencia dado que el profesor, las pocas veces que recordaba darse una vuelta por el patio, solo se dirigía y daba consejos a sus pupilos. Los profanos como Édgar no existían para él.

Al transcurrir el primer mes, Édgar apenas si le había causado unos rasguños al bloque de alabastro, y comprendió que se había inscrito en una clase equivocada. ¿A quién pedirle ayuda a esas alturas? ¿A sus compañeros que lo ignoraban tanto como el profesor?

Eso fue precisamente lo que hizo. Recurrió a una compañera de al lado, cuyo bloque de alabastro comenzaba a cobrar formas humanas, aunque sin brazos.

El primer contacto se dio en la siguiente clase, cuando se dedicó a observar cómo la muchacha, con un mandil café, de cabello corto, protegida con gafas y mascarilla, tallaba la piedra incansablemente.

Hasta que ella se fastidió y dejó de trabajar.

—¿Se te perdió algo? —preguntó después de sacarse las gafas y la mascarilla.

Édgar se quedó impresionado. La muchacha tenía un hermoso rostro en el que resaltaba una nariz salpicada por unas pecas graciosas. Una mujer realmente guapa.

—Disculpa —atinó a decir—. Me gustaría que mi bloque estuviera como el tuyo. Pero no sé ni por dónde empezar.

Luz Alba notó una carga de tristeza en las palabras de aquel joven. Le inspiró compasión.

—Si quieres, te paso los consejos del profesor —ofreció.

Édgar Trávez aceptó esa ayuda loco de alegría. Para él lo más importante en la vida eran sus estudios; por otra parte, no le desagradó la idea de compartir su tiempo con una muchacha así de guapa.

Aquel mismo día se pusieron a trabajar juntos. Luz Alba le explicó que el primer paso para realizar una escultura consistía en la concepción, algo así como el plano de una casa. Una vez elaborada la concepción, que como aprendices debían trazar en varios bocetos, lo demás consistía en una ardua labor en la que se combinaban fuerza, obsesión y talento; es decir, el espíritu del artista.

Para iniciar la concepción, Luz Alba le mostró los dibujos de la obra que estaba tallando: una mujer semidesnuda y sin brazos que representaba a Venus, la diosa del amor.

Una réplica de la escultura más famosa del mundo; todo escultor intentaba ejecutar esa réplica una vez en su vida.

Édgar no entendió cómo una estatua manca podía ser tan famosa, pero se reservó cualquier comentario y, según las instrucciones de su compañera, se limitó a trazar varios bocetos: un busto humano, un cisne, una pileta, una columna griega... Entre los dos trataron de elegir alguno; a él todos le parecieron imposibles de tallar.

24 Entonces Luz Alba le habló sobre la inspiración, esa luz divina de las nueve hijas de la memoria que ilumina a los artistas. Lo que él debía hacer era buscar inspiración, que suele hallarse donde uno menos lo espera.

En la tarde, luego de clases, Édgar se pasó buscando inspiración por toda la ciudad. Observaba calles y personas, automóviles y alambres de luz, árboles y almacenes, esquinas y señales de tránsito, pero nada le llamaba la atención, hasta que pasó frente a un edificio de consultorios médicos. Allí, al fijarse en un inmenso rótulo de un consultorio dental, recibió un golpe de inspiración, como un coscorrón, y supo que había hallado lo que estaba buscando. Definitivamente quería crear una obra similar a la del dibujo del anuncio. Incluso el profesor con fachas de loco iba a quedarse loco con la escultura de una muela.

La idea de Luz Alba sobre la concepción resultó cierta. Una vez que él trazó los dibujos de la piedra muela, como a ella se le dio por llamarla, el trabajo fue cuestión de fuerza y obsesión, aunque no de talento. Édgar era para el arte tan inútil como un sombrero para la lluvia.

Aquellas semanas fueron memorables para él. Después de la clase se quedaba trabajando horas adicionales, en

compañía de Luz Alba. Ella perfilaba los detalles delicados; él cortaba, tallaba o cincelaba las partes sencillas: el frente de la muela.

Para el quinto mes, el bloque de alabastro comenzó a cobrar la forma de una pieza dental, mientras la diosa manca se hallaba en la etapa del escofinado. Las esculturas marchaban bien y ambos se sentían a gusto trabajando juntos, incansablemente.

Para el sexto mes se relajaron y se tomaron las cosas con un poco de humor, haciéndose bromas a través de las esculturas. Con colorettes, Luz Alba le pintaba caries a la piedra muela; con tinta de bolígrafo, Édgar le ponía unas pecas a la nariz de la diosa manca. Cuando pulía, ella dirigía el polvo del alabastro contra él; él escondía un cincel o una gubia en la mochila de ella. Luz Alba le daba un pisotón por *accidente*; Édgar le hacía nudos en las mangas de su suéter. En el cumpleaños de ella, Édgar le regaló flores; en el cumpleaños de él, Luz Alba le hizo una caricatura en calzoncillos y con una barba candado.

Al octavo mes tenían las esculturas casi listas; solo les faltaban los lijados finales con piedra pómez y ya no requerían trabajar horas adicionales. Sin embargo, uno de los dos siempre hallaba alguna excusa para pasar más tiempo con el otro. Y del patio de la facultad se trasladaron a la cafetería, al comedor universitario, a la biblioteca, al cine, a un bar...

¿Qué se traían entre manos estos dos? ¿Estaban enamorados? Más que enamorados, cada uno se sentía loco por el otro, pero no se atrevían a confesarlo.

Hasta que el profesor, más destornillado que de costumbre, se presentó en la última clase del octavo mes,